

Sandra Worth

LAS DOS ROSAS

EL DESTINO DE LA CORONA

Traducción de Montse Batista



ediciones Pàmies

Título original: *The Rose of York; Crown of destiny*

Primera edición: abril de 2008

Copyright © 2006 by Sandra Worth

© de la traducción: Montse Batista, 2008

© de esta edición: 2008, ediciones Pàmies
Carlos Alonso, editor
C/ Monteverde, 11
28042 Madrid
editor@edicionespamies.com

ISBN: 978-84-96952-13-3

Diseño de la cubierta: Javier Perea
Ilustración de cubierta: "La Pucelle" by Franck Craig, París, musee d'Orsay.
akg-images/ Erich Lessing

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Depósito legal:

Impreso por BROSMAC, S.L.

Impreso en España

Este libro está dedicado a mi hija Emily.

“Oh, Fortuna
variable como la luna,
como ella creces sin cesar o desapareces.”

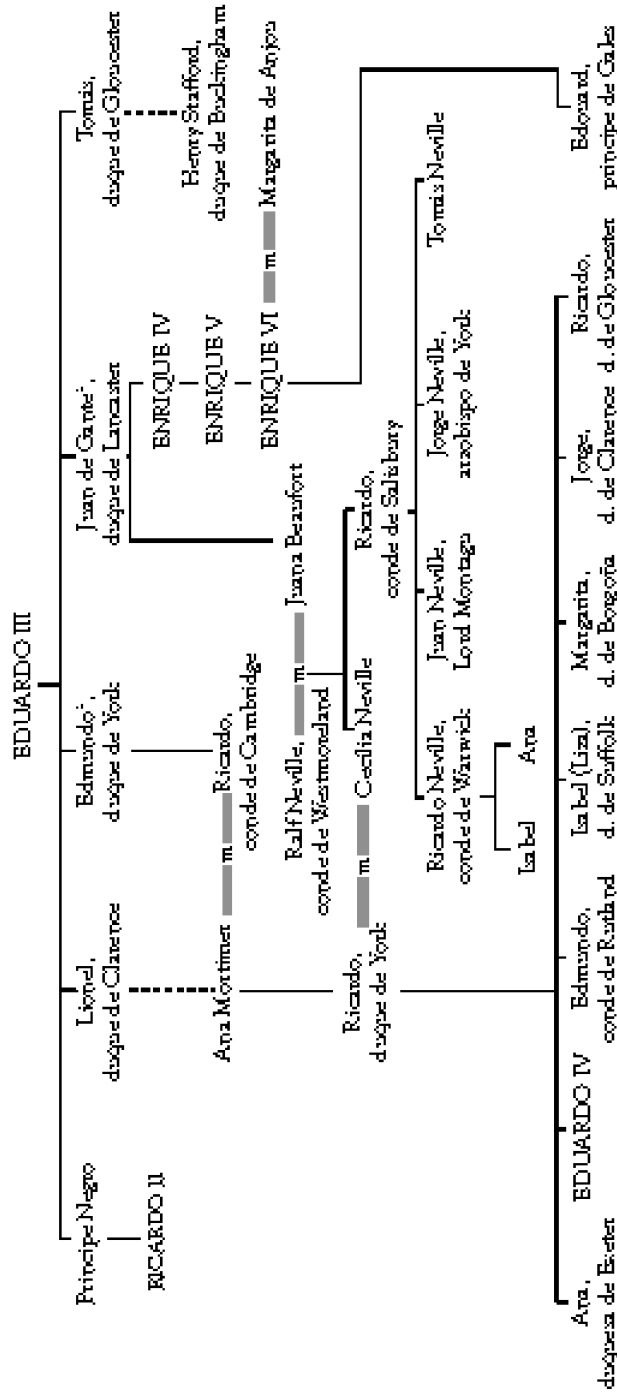
Carmina Burana: Canciones de la Colección de
Manuscritos de Benedictberuren.

“Una trompeta solitaria sonó a lo lejos
y el caballo de batalla que esperaba junto a las puertas
relinchó.”

Los Idilios del Rey, Alfred Lord Tennyson.



Las Casas de York, Lancaster y Neville, de 1399 a 1465



* Para simplificar el cuadro, Juan y Edmundo se presentan como si hubieran casado en su orden de nacimiento.



EL DESTINO DE LA CORONA

1476-1483

CAPÍTULO 1

“Arremeted, arremeted... El viento no volverá a cambiar.”

El barco se bamboleó. El vino salpicó la mesa. El pequeño camarote se llenó de gruñidos y los hombres agarraron sus copas.

El rey Eduardo IV se rió y dijo:

—No temáis. ¡Pronto habrá vino francés en abundancia!

—Sí, señor —dijo sonriente un caballero que estaba sentado más abajo en la mesa—. Quizá podamos ahogar a la *Araña* en él —se reclinó en su asiento y escupió para dar énfasis al nombre despectivo del rey francés, Luis XI. El caballero miró a un hombre cetrino sentado en el extremo opuesto de la mesa—, o simplemente matarlo como un pez en un barril, como hicimos con el hijo de la Perra de Anjou en Tewkesbury, ¿eh, Exeter?

Henry Holland, duque de Exeter, se ruborizó y apartó la mirada.

—¡Vamos, vamos!, esto no es necesario —terció el rey Eduardo—, aquí todos somos amigos. Puede que antes el esposo de mi gentil hermana fuera lancasteriano, pero ahora es yorkista, como el resto de nosotros. ¿No es así, Harry?

Exeter asintió con la cabeza, nervioso.

—Sí, mi señor.

—Y combatiré por nosotros con tanta valentía como lo hizo por Lancaster en Barnet, ¿eh, Harry? —dijo el rey, con una sonrisa en los labios que no se hizo extensiva a sus ojos astutos.

—Sí, mi señor.

—¿Veis lo que os decía, Saint Leger? Aquí todos somos amigos. —El rey Eduardo sonrió abiertamente, apuró una copa de vino y pinchó una tajada de carne de venado con su daga.

El séquito real reemprendió la comida y la bebida con apetito, reanudándose el murmullo de la conversación varonil. Sin embargo, aunque la malicia del caballero había desaparecido, su rostro se había endurecido peligrosamente. Mientras bebía de su vino continuó fulminando con la mirada a Exeter, quien mantuvo la vista clavada en su plato. Nadie les prestaba atención excepto un joven de cabello oscuro y profundos ojos grises que sorbía su vino con aire pensativo.

El hermano del rey, Ricardo, duque de Gloucester, dejó que su mirada pasara del caballero, Saint Leger, al duque, Exeter.

Henry Holland, duque de Exeter, era el cuñado de Ricardo y estaba casado con su hermana mayor, Nan. A pesar de que el matrimonio convertía a Exeter en un miembro de la familia real yorkista, éste había apoyado la causa enemiga durante la guerra civil entre los yorkistas y los lancasterianos y había huido de Inglaterra cuando el yorkista Eduardo ganó la corona al rey lancasteriano Enrique VI. Tras pasar una década en el extranjero, había regresado para luchar contra la casa de York. Capturado en la batalla de Barnet, había pasado cinco años pudriéndose en la Torre, de la que acababa de salir gracias al perdón de Eduardo.

“Así pues, los rumores son ciertos”, pensó Ricardo, cuya mirada volvió a Saint Leger. Un odio más letal que la política avivaba el antagonismo del caballero hacia Exeter. Saint Leger estaba enamorado de la esposa de Exeter: la hermana de Ricardo, Nan.

Pero, ¡ay!, tenía que ocurrir. Ningún matrimonio podía sobrevivir a tan enorme escollo político —por no hablar de una separación de diez años— a menos que hubiera amor. Ricardo sabía de estas cuestiones. El padre de su esposa había sido el líder de la rebelión contra Eduardo, y había luchado y muerto por Lancaster. Ricardo también sabía de celos. Su esposa había estado casada con el hijo de Enrique VI, el príncipe Edouard de Lancaster.

Envalentonado por el vino, Thomas Saint Leger habló de nuevo del tema que no podía dejar de lado.

—Señor, con vuestro permiso, propongo un brindis. ¡Brindemos por masacrar a los franceses como cerdos en el redil, tal como hicimos con los lancasterianos en Barnet y Tewkesbury! ¿Qué decís, Exeter?

Los comensales se rieron por lo bajo y las miradas se volvieron hacia el duque de Exeter. Se hizo el silencio. Mientras todo el mundo observaba, Exeter alzó la copa y bebió el vino. Uno a uno, los demás alzaron las suyas, intercambiando guiños mientras bebían.

Ricardo apartó la vista. La mirada que tenía Saint Leger cuando había desafiado a Exeter le resultaba familiar. Sus propios ojos la habían tenido muchas veces, pues él también había deseado ver muerto a un hombre por las mismas razones. Por un instante se preguntó si Saint Leger se mofaría del príncipe Edouard de Lancaster si fuera éste quien estuviera sentado en el lugar de Exeter.

Sin embargo, por extraño que pareciera, era Exeter quien le suscitaba compasión. Nunca le había gustado mucho el arrogante y fanfarrón Saint Leger. Aunque era duque, Exeter no tenía aliados, ni poder, ni influencia. Seguía siendo un intruso en un campamento extranjero y todo el mundo estaba resentido con él. Sólo en tales circunstancias un par del reino podía ser humillado con impunidad por un mero caballero. Ricardo pensó en su primo yorkista, Juan Neville, que se había encon-

trado en circunstancias muy parecidas y había muerto luchando a regañadientes por Lancaster en Barnet. Ricardo se preguntó si había sido igual para Juan al final. Lo invadió una repentina furia.

—Saint Leger —dijo Ricardo.

Las risas se desvanecieron. Los hombres volvieron la mirada hacia él.

—¿Cómo es que vos, que si la memoria no me falla también fuisteis lancasteriano, consideráis apropiado desafiar a un príncipe de sangre real? ¿Habéis olvidado vuestras simpatías así como vuestra condición en la vida?

Saint Leger se puso tan colorado como el vino que tenía en la copa.

—Me parece que le debéis una disculpa a mi cuñado.

Ricardo vio sorpresa en la mirada de Exeter, que alzó la cabeza de golpe para mirarlo, y también se fijó en la expresión divertida del rostro de Eduardo, quien se reclinó en su asiento para observarlos. Ricardo volvió a centrar su atención en Saint Leger.

Esforzándose para mantener la compostura, el caballero tardó un momento en manifestar su disculpa.

—Mi señor de Exeter, no era mi intención ofenderos —Saint Leger pronunció las palabras con los dientes apretados en tanto que un músculo le temblaba en la mandíbula.

—Más alto, Saint Leger. Desde donde estoy sentado apenas puedo oíros.

El caballero tragó saliva visiblemente y una vena se le hinchó en la frente, pero repitió su disculpa para satisfacción de Ricardo. Ricardo sabía que había hecho otro enemigo, pero así era la corte y, ¿qué importancia tenía otro rival más?

Aquella noche, en el camarote real que compartía con su hermano y con el compañero del alma de Eduardo, lord William

Hastings, a Ricardo le costó conciliar el sueño. La mar estaba más encrespada que de costumbre y los rumores sobre la inminente guerra con Francia habían despertado recuerdos dolorosos. Durmió de manera irregular, dando vueltas en la cama, intentando escapar a las imágenes que se alzaban ante él: su primo Juan Neville en la niebla de la batalla en Barnet, deteniéndose en mitad de un golpe para mirar a su enemigo yorkista con unos ojos llenos de dolor. El hermano de Juan, Warwick el Entronizador, una figura torpe y pesada que huía del campo con su armadura, perseguido por soldados yorkistas que lo arrojaron a un río. Ricardo oyó el chapoteo del agua y luego cayó en la cuenta de que no era agua sino sangre. Warwick volvió la cabeza y Ricardo vio su expresión de angustia antes de que una hacha partiera su rostro en dos y un torrente de sangre se llevara la horrible visión.

Ricardo soltó un quejido y se apartó horrorizado, pero los fantasmas no iban a dejarle descansar. Correteaban en la oscuridad y gritaban pidiéndole ayuda, sus ruegos amortiguados por la niebla y la armadura, por el fragor del combate y por los gritos de los moribundos. “¡No —gimió—, no matéis a Warwick... no matéis a Juan... a Juan no, os lo ruego, a Juan no...!” Oyó que alguien se reía y que otra persona decía: “¡Que así terminen todos los lancasterianos!” Luego oyó más risas y Juan apareció de nuevo con una extraña sonrisa en el rostro mientras caía de rodillas bajo el embate de las espadas y picas yorkistas.

Ricardo se incorporó de repente en su camastro.

Le llegó el sonido de los ronquidos de las otras dos camas donde dormían Eduardo y Hastings, su amigo del alma. “Otra vez estaba soñando”. Se frotó los ojos y apartó la ropa de cama, pues ya estaba demasiado despierto como para volver a dormir. Se calzó las botas y agarró su manto. Abrió la puerta, que crujió, y recorrió el oscuro pasillo que llevaba al castillo de proa. El farol que colgaba cerca de la escalera se balanceaba

constantemente, proyectando sombras en torno a Ricardo y avivando en él el recuerdo de niñez de una tormenta en el mar, un barco que daba bandazos y la mano de Warwick agarrando la suya con fuerza, una mano que había evitado que cayera a una muerte certera en los negros y arremolinados torrentes de abajo. Apartó el recuerdo de su mente y agarró el primer travesaño de la escalera.

Unas risas ebrias le llegaron desde arriba. Levantó la vista.

Flanqueado por otros dos hombres, Saint Leger bajaba con aire arrogante y una amplia sonrisa en su rostro moreno.

—De algún modo, el aire mismo parece más limpio ahora—les estaba diciendo a sus amigos—. ¡Cómo se resistió...!

Saint Leger vio a Ricardo y su risa se apagó bruscamente. Los tres hombres volvieron a subir por la escalera a toda prisa y se apartaron con nerviosismo para dejarle pasar. Ricardo pasó junto a ellos, los saludó con un seco movimiento de la cabeza y al volverse vio que desaparecían los tres por la escotilla y se preguntó con vaguedad qué se traerían entre manos.

La noche era fría para el mes de mayo. Se había levantado viento y el mar volvía a estar picado. Ricardo se tapó el cuello y se agarró al pasamano para no perder el equilibrio. La reducida tripulación del barco estaba ocupada en la popa de la embarcación. Ricardo se dirigió a un rincón de proa, lejos de miradas importunas.

Todo estaba en silencio. Tranquilo. Sólo el sonido del viento y el agua interrumpían la noche fría y despejada. Ricardo levantó la vista hacia el cielo, donde brillaban unas estrellas gélidas que irradiaban una sensación de permanencia.

Él sabía, sin embargo, que nada era permanente, que la vida no ofrecía certezas. Pensó en su amada esposa, Ana, la hija de Warwick el Entronizador, y en su dulce bebé, Ned, y se preguntó cómo les iría. Ned había sido un niño enfermizo desde que nació y esta preocupación había supuesto una carga mayor de lo que Ana y él se confesarían nunca el uno al otro. Ana,

que a su vez nunca había sido fuerte, había sufrido varios abortos antes de que Dios los bendijera con Ned. El parto había sido difícil y el médico le había dado a elegir: la vida de Ana o la vida del bebé. Ricardo había elegido a Ana. Ambos habían sobrevivido, gracias a Dios, pero no habría más hijos. De modo que adoraban a Ned, y se preocupaban por él. Evocó el momento de su despedida frente a los muros del castillo.

—Que Dios os guarde, mi señora... y a nuestro precioso bebé —había dicho él mientras buscaba a Ned con la mirada. El pequeño había celebrado su primer cumpleaños el día anterior, el seis de mayo, y ahora dormía en brazos de su niñera, bien abrigado en la suave manta de terciopelo que Ana había bordado con el escudo de armas de la Cruz de San Andrés de los Neville y los lirios y leopardos de los Plantagenet. Su mirada se desvió hacia la madre de Ana, Ana Beauchamp, condesa de Warwick.

La mujer se hallaba un paso por detrás de su hija, con una capa gris que le colgaba de los hombros y que le daba un aspecto matronil y unos ojos tristes bajo su sombrero blando y el velo plisado. “¿Cuántas veces —pensó Ricardo— habrá estado como Ana está ahora, viendo partir a su propio esposo hacia la batalla, preguntándose si regresará?”

—Y vos, señora —le había dicho con dulzura—, id con Dios. Protegedlos por mí a ambos hasta que regrese. —Ella había inclinado la cabeza y le había hecho una leve reverencia. Ricardo volvió a mirar a Ana.

Al verla allí de pie, ataviada con su brial, esbelta como un sauce y radiante como una rosa amarilla, Ricardo recordó la primera vez que se vieron, cuando ella tenía siete años y él nueve, y le pareció estar mirando una luz capturada en un cristal. Ahora las lágrimas surcaban las mejillas de la muchacha. Sí, las despedidas les acarreaban recuerdos amargos a los dos; las lecciones del pasado no podían olvidarse y, en momentos como aquél, parecían perturbadoramente cercanas.

Ricardo alargó la mano y le alzó el mentón.

—Todo irá bien, mi vida —dijo. Los labios de Ana, cálidos y fragantes, rozaron los suyos.

Un violento bandazo del barco lo devolvió al presente de una sacudida. Ricardo se aferró al pasamano para no perder el equilibrio. “Sí, es hora de volver y darle otra oportunidad al sueño”, pensó. Clavó los ojos en las estrellas y ofreció una plegaria para que estuvieran sanos y salvos y pudiera volver a verlos a los dos.

A la mañana siguiente Exeter no acudió a desayunar. Ricardo se sorprendió de que un hombre que había pasado cinco años muerto de hambre en la Torre pudiera perderse una comida. Cuando Exeter tampoco apareció a la hora de comer, Ricardo envió a un hombre de armas a buscarlo. Luego fue a reunirse con Eduardo en el camarote que compartían.

Eduardo, recostado en unos almohadones, levantó la vista desde la cama. Había mapas de Francia desperdigados por todo el camarote. Eduardo se frotó la nuca y sonrió.

—Me estoy haciendo demasiado viejo para la guerra, Dickon.

—Os sentiréis mejor cuando hayáis ganado Francia —dijo Ricardo.

—Sí, eso me alegrará el corazón y le hará bien a mis arcas. ¡Pero la verdad es que preferiría librar la batalla del tocador! —Eduardo se echó a reír—. Es más de mi gusto.

Ricardo contempló a su hermano con afecto. El hecho de que Eduardo prefiriera la paz a la guerra era bien conocido, un rasgo que solía considerarse una debilidad. Más de una conspiración se había urdido en las costas francesas con el convencimiento de que las amenazas de represalias por parte de

Eduardo siempre serían falsas. Sin embargo, por jovial que fuera Eduardo, por mucho que amara sus placeres y aunque la guerra interfiriera con el comercio real que últimamente hacía afluir el dinero a sus arcas, el rey Luis de Francia llevaba demasiado tiempo contrariando la paz de Eduardo, que se moría por darle una lección al rey francés.

Eduardo se dio una palmada en el muslo y se levantó de la cama.

—¡Bueno!, la vieja *Araña* debe de estar temblando ahora que voy de camino a aplastarla, ¿eh, hermano?. Recordad lo que dije cuando se enteró de que iba a invadirle... —Eduardo juntó las palmas de las manos, alzó la vista al cielo y lo imitó con voz chillona—: ¡Ay, Santa María, precisamente ahora que te he dado mil cuatrocientas coronas no me ayudas ni un ápice! —Eduardo se echó a reír a carcajadas.

Ricardo esbozó una leve sonrisa. A él tampoco le había gustado nunca el rey Luis. Aparte del hecho de que era un embustero dado a la intriga, Luis de Francia había jugado un papel decisivo en el convenio del primer matrimonio de Ana con el príncipe Edouard de Lancaster.

Llamaron a la puerta. Era el hombre de armas al que Ricardo había mandado en busca de Exeter.

—Excelencia, no encontramos al duque de Exeter por ninguna parte.

—¿Estáis seguro?

—Sí, señor. Hemos buscado por todo el barco. Hasta en las letrinas. No hay ni rastro de él y no ha dormido en su camastro.

—Está bien —Ricardo lo despachó con un gesto de la cabeza, aguardó a que la puerta del camarote se hubiera cerrado y se volvió a mirar a Eduardo. Se encontró con que su hermano lo observaba con una mirada extraña en sus ojos azules. Entonces lo comprendió con la misma rapidez con la que un rayo cae de un cielo despejado. ¡Lo de la noche anterior no había sido un

sueño! El asesinato lo había inspirado, o se había mezclado con su duermevela para darle a su sueño una horrible relevancia.

—Harry está muerto, ¿verdad? —preguntó Ricardo.

—Eso parece —respondió Eduardo jugueteando con su copa vacía.

—¿Qué vais a hacer al respecto?

—¿Hacer? —Eduardo le devolvió la mirada a su hermano—. ¿Qué se supone que tengo que hacer?

—Encontrar a los asesinos. Ahorcarlos.

Eduardo se rió.

—¡Qué impropio de un estadista, Dickon! ¿Acaso no sabéis que necesito a todos los asesinos que pueda conseguir para que me ayuden a matar a los franceses?

Normalmente las bromas de Eduardo hacían sonreír a Ricardo aunque éste no quisiera, pero no fue así en esta ocasión.

—¿Queréis decir que vais a dejar que Saint Leger y sus esbirros se salgan con la suya?

—No sabéis si Harry fue asesinado. Podría haberse caído por la borda. O haber saltado.

El dejo de regocijo que captó en el tono de Eduardo enfureció a Ricardo.

—¡Lo más probable es que lo empujaran! ¡Si anoche hubiera subido a cubierta unos minutos antes hubiera sorprendido flagrantemente a Saint Leger!

—Tal vez, pero no fue así. Con lo cual todo queda en conjeturas... que no bastan para ahorcar a un hombre.

—¿Cómo puede seros tan indiferente, Eduardo? ¡Se ha cometido un crimen, por el amor de Dios! Vuestro principal deber como rey es servir a la justicia.

—¡Ah, mi querido hermano! —repuso Eduardo con un suspiro mientras llenaba su copa de un barril de vino que había en un rincón—. Siempre os habéis preocupado demasiado por la justicia, ¿verdad? ¡Sabe Dios por qué! —tomó un trago y se limpió la boca con el dorso de la mano—. Por una vez mirad

el lado práctico, Dickon. Harry no supone ninguna pérdida. Era un lancasteriano acérrimo. El rey Luis lo socorrió durante los años que estuvo exiliado de Inglaterra y en cuanto llegáramos a Francia hubiera corrido a abrazar al rey Araña a la primera oportunidad... Llevándose nuestros secretos con él, sin duda —apuró la copa.

Ricardo observó a su real hermano mientras éste bebía. Hubo un tiempo en el que a Eduardo le había preocupado la justicia tanto como a él. Sin embargo, atrapado en las garras de su malvada reina, el príncipe guerrero, idealista y lisonjero, había degenerado poco a poco en un rey al que le gustaban demasiado el vino y las mujeres y a quien sólo le preocupaba su bienestar... y la salida más fácil.

—Hacedme caso, hermanito. Olvidad todo este desagradable asunto. Harry no se lo merece.

Se oyó un golpe en la puerta. Entró el amigo íntimo de Eduardo, Hastings, con una sonrisa radiante en su ancho rostro. Ricardo inclinó la cabeza a modo de saludo, intentando ocultar la aversión que sentía hacia ese hombre. Hastings era uno de los dos viciosos compañeros de libertinaje de Eduardo. El otro era el propio hijastro de Eduardo, el marqués de Dorset, hijo del primer matrimonio de la reina con un caballero lancasteriano, sir John Grey. Dorset se había quedado en Inglaterra con el beneplácito de Eduardo, aparentemente a causa de sus obligaciones, pero todo el mundo sostenía que era la cobardía, y no el deber, lo que allí lo retenía.

—¡Ajá, Will, justo el hombre que necesitaba para animarme! La seria charla de mi hermano pequeño sobre asesinato y ahorcamientos me ha dejado muerto de sed. Coged un poco de vino y ya de paso llenadme la copa.

Ricardo se dio cuenta de que sería inútil seguir suplicando. Cuando se retiraba del camarote, Eduardo le gritó:

—Alegraos por nuestra hermana, Dickon. Ahora es libre de casarse con Saint Leger. ¿Lo veis? ¡Al final todo fue para bien!